

## SIRENA

**Autor: Manya Loría**

Desde muy chica tengo un sueño recurrente: todo está oscuro y yo floto en algo que no entiendo. De niña me despertaba llorando, porque no entendía quién era, ni dónde estaba; con el tiempo me resigné a no saberlo.

A los ocho años hice conciencia por primera vez de que algo no estaba bien con mi cuerpo, todos los días despertaba con la garganta agrietada y el pecho apretado, como si mis músculos hubieran hecho un esfuerzo sobrehumano mientras dormía para mantener a mi alma dentro de mi cuerpo. Yo pensaba que todos teníamos la misma sensación al abrir los ojos, pero cuando se lo dije a mis amigas de la primaria me dijeron que ellas no sentían ningún dolor, ni ninguna opresión.

El primer aditamento llegó ahí: la bufanda permanente, mis vías respiratorias eran tan frágiles y enfermizas que tenía que tomar antibióticos tres veces al año. Me convencí de que era alérgica al aire, pero mi mamá nunca me creyó.

Al crecer, el aire también enfermó mi piel y mi útero, cada vez que menstruaba, en la cara me aparecían ampullas y sentía como si me clavaran cuchillos en el vientre, así que se agregaron hormonas al coctel de pastillas.

Mientras tanto mi mente intentaba, cada que cerraba los ojos, volver a la sustancia en la que mi cuerpo flotaba en mis sueños, pero al abrirlos la decepción era tal que tuve que empezar a tomar antidepresivos.

Mi cuerpo por dentro estaba parchado, intentábamos cubrir cada uno de los desperfectos con pastillas para no verlos, mientras el aire me mataba lento. Era el aire, hace poco lo comprobé: vi el sueño completo.

Voy en una lancha que se abre paso en la oscuridad, siento un dolor punzante en los pulmones cuando el aire llega a ellos. No veo nada, solo negro, los ojos se hinchan en mis cuencas intentando distinguir. Entonces la lancha se detiene, y una voz que viene de mi vientre me dice “salta”. De pronto siento el agua rodeándome completa y percibo como pequeñas

escamas se me erizan debajo de la epidermis. Los ojos cerrados ven lo mismo que cuando estaban abiertos, no los necesito, veo con cada una de las heridas que mi piel agrieto para poder respirar agua.

Mi cabeza sale a la superficie y el viento me hace arder la piel, los pulmones se me llenan de aire que quema y los ojos al abrirse no entienden: mi cuerpo brilla iridiscente, como si pequeñas estrellas de sal se hubieran incrustado en cada uno de mis poros. Gravito minúscula en mi propia inmensidad.

Sumerjo nuevamente la cabeza y mi cuerpo decide, yo observo: una bocanada grande de agua atraviesa mi sistema respiratorio sin dolor, sin miedo, y ese líquido que brilla recorre lento cada vena y cada arteria, las satura y las inflama. Estoy, por fin, en mi cuerpo.

Este cuerpo sabe cómo moverse, cómo existir, cómo sobrevivir, sin que yo lo piense. Este cuerpo que brilla con cada uno de mis movimientos, me aleja nadando de la lancha, me sumerge y veo con cada astilla de luz que se asoma por mis poros, el fondo: veo arena blanca y caracoles morados, siento un pulpo que se aferra con sus tentáculos a mi pantorrilla de agua, escucho a las ballenas cantando por mis burbujas, sonrío con mis algas, exhalo con mis olas y percibo cómo una docena de peces atraviesa mi vientre y se alimenta de él.

Si pudiera volver en el tiempo, me advertiría: al despertar sentirás los bronquios más cerrados que nunca, y en medio de la apnea entenderás que tu psique no es frágil, ni tu cuerpo enfermizo, que la prisión es la ciudad y el veneno, el aire.

A los cinco días de que hayas tenido ese sueño, la descomposición de tu cuerpo se hará aun más notoria: una sensación pastosa como de papel húmedo adentro de la boca no te dejará hablar, las manos se te llenarán de ampollas infladas de agua salada y las uñas se te desprenderán una a una de los dedos, no tengas miedo, cuando estés a punto de quedarte dormida observa y podrás ver las escamas asomarse por ahí. No te asustes, el dolor y la incapacidad viene de las estrellas de sal que se te están muriendo adentro del sistema circulatorio, recorriendo cada vaso sanguíneo ahogándose, pudriéndose, cristalizándose. Tu cuerpo se está muriendo porque en la ciudad no sabe cómo estar vivo.

Te tallarás el cuerpo con sal por las noches, no pararás hasta que la piel se rompa y la sal se enrojezca, mostrándote lo que se esconde bajo tu dermis, entonces respirarás un poco y el agua te volverá a los ojos.

Te teñirás el pelo para recordar los colores que viste. Te tatuarás la piel para sentir las escamas. Pero también tendrás el impulso de parecerte a los demás, a lo que dicen que debes ser: te pondrás silicones y harás dietas. Te intentarás convertir en lo que eres en tu cabeza, también intentarás verte hegemónica y deseable, pero sobretodo intentarás parecerte a cómo se ve tu alma. Sin embargo, como hicieron las medicinas antes, sólo estarás parchando los desperfectos, como si pudieras cambiar tu vida modificando tu cuerpo.

Escúchame con atención, no podrás volver a flotar sin dolor mientras sigas atrapada aquí, encapsulada entre concreto y pantallas.

Desde niña sueño  
con mi cuerpo  
que no es éste  
que se está  
muriendo  
prematuramente.